

El viaje de transformación Raymond L. Fox

Algo para reflexionar, comentar, y hasta practicar en su viaje



Una fachada de unidad

Un grupo de personas que esperan juntos en la misma esquina el mismo autobús cada mañana, creyendo que llegará pronto, puede sentirse conectado por el pequeño momento que pasan juntos. Puede ser que se aprendan sus nombres y descubran algunos detalles sobre sus vidas mientras esperan. Pero tendrían que admitir que cualquier conexión que sienten entre ellos es meramente superficial.

De manera similar, un grupo de cristianos que se reúnen en un mismo lugar por un momento breve una o dos veces a la semana para compartir actividades y hablar por un par de minutos pueden sentir un vínculo entre ellos. Desafortunadamente este tipo de conexión sirve de manera muy fácil como una fachada para esconder los corazones perturbados por la impaciencia, amargura, envidia, e incluso por la animosidad.

Los fariseos, quienes se oponían a Jesús, hubieran estado satisfechos si el acosar a su gente producía una obediencia superficial uniforme entre todos los judíos de Palestina sobre su reglas de no trabajar los sábados.

Opuesto a sus enfoques externos, Jesús enseñó que lo que practicamos, incluyendo la unidad, debe comenzar en el interior, con quienes somos en nuestros corazones y espíritus (**Mateo 15:17-29**). La unidad genuina entre los creyentes sucede de adentro hacia afuera de la misma manera en que ocurre la transformación para vivir como hijos del Padre. De hecho, los creyentes se vuelven profundamente conectados entre sí como resultado de someterse a ser transformados a la imagen del Padre.

Pablo dirigió su carta a los efesios a los cristianos que habían venido de culturas y creencias completamente distintas. Explicó que el propósito de Jesús era el de derribar las paredes que los separaban, incluyendo no solo las creencias y tradiciones distintas sino también, primeramente, todas las actitudes de sus corazones.

Las envidias, prejuicios, y animosidad habían dividido previamente a los judíos y gentiles quienes ahora constituían la congregación en Éfeso. Escribió, "Por eso yo, que estoy preso por la causa del Señor, les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido, siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz" (**Efesios 4:1-3**).

La "unidad del Espíritu" es la unidad que va de adentro hacia afuera que viene del Espíritu de Dios quien vivía en cada uno de ellos (**Efesios 2:22**). El propósito de que el Espíritu viviera en ellos era para llevarlos, paso a paso, a la transformación a la imagen de Jesús y el Padre, empoderándolos para amar como lo hace el Padre (**Efesio 3:14-19**). Cada paso del progreso que lograban los miembros de la iglesia de Jesús en Éfeso para ser como el Padre también los uniría aún más en sus corazones y espíritus.

En términos más abstractos, Pablo describió la unidad del Espíritu como "Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos" (**Efesios 4:4-6**).

¿Pero cómo lucen estos términos abstractos cuando guían a los creyentes de maneras muy concretas? Pablo proveyó la respuesta cuando escribió, "Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo. Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados, y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios" (**Efesios 4:31-5:2**).

Como hay un Señor Jesús, permitimos que sus enseñanzas traigan la misma transformación a todos nosotros. Como hay un Espíritu, le pedimos al mismo Espíritu que nos fortalezca para que podamos vivir de manera constante con paciencia, compasión y humildad. Hay un Dios quien es nuestro Padre y juntos deseamos ser transformados a su imagen. Esto es la unidad de adentro hacia afuera.

Los miembros de la congregación en Éfeso enfrentarían muchos retos mientras luchaban con dejar atrás las tradiciones y prácticas que los habían identificado en sus vidas previas como judíos y gentiles. Pero si sometían a sus corazones y espíritus para que fueran transformados a la imagen del Padre, entonces podrían ser capaces de resolver sus diferencias con paciencia y paz.

Nos engañamos con una fachada de unidad si nos enfocamos en resolver diferencias externas sin primero transformar nuestros corazones. Siempre descubriremos, tarde o temprano, que la división persiste cuando nuestros corazones no han cambiado.

La próxima semana: ¿Qué podemos practicar juntos para alcanzar la unidad del Espíritu?

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y cinco años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.

Traducción por Alejandra Castro.



Connectar: Raymondleefox222@gmail.com